

PRESENTACIÓN DEL EDITOR

Decir, pues, el Apóstol que no vivía para sí es decir que no buscaba sus intereses ni su gloria, sino los intereses, la gloria y la honra de Dios: que conforme a la voluntad de Dios era gobernada su vida.

SAN JUAN DE ÁVILA,
Lecciones sobre la epístola a los Gálatas 25.

El libro que tienes en tus manos es una expresión gráfica de un profundo sentimiento de justicia y gratitud.

De pronto recibes «un montón de papeles sueltos», cientos de folios que hacen visibles miles de horas de oración, reflexión y estudio. Conforme vas leyendo descubres que estos aparentes papeles sueltos tienen un «hilo oculto que los ata». En ellos emerge una personalidad dedicada a un ideal: la formación y el acompañamiento de los sacerdotes.

D. Antonio Ceballos ha sido formador, rector del seminario, director del Secretariado de la Comisión Episcopal del Clero y, como obispo de Ciudad Rodrigo y después de Cádiz y Ceuta, miembro permanente de la misma. A su preocupación y atención como director de dicho Secretariado se debe una rica actividad en la citada Comisión del Clero, que ha marcado las líneas de reflexión sobre el sacerdote y su espiritualidad en nuestro país y ha trazado pautas precisas para una mejor atención integral a los sacerdotes.

D. Antonio participó activamente, en su gestión y desarrollo, en dos hitos imprescindibles en la reciente reflexión teológica española sobre el sacerdocio: el Simposio sobre la espiritualidad del presbítero diocesano (1987) y el Congreso de espiritualidad sacerdotal (1989). Colaboró, como miembro muy activo de esa Comisión Episcopal del Clero, en documentos esenciales que unían la reflexión teológica a la realidad vital del ejercicio del sacerdocio: *Sacerdotes para evangelizar* (1987) y *Sacerdotes día a día* (1995); alentó una rica reflexión que favoreció la recepción de la Exhortación pos-sinodal *Pastores dabo vobis*, reflexionando sobre las diversas dimensiones de la formación: *La formación humana de los sacerdotes según «Pastores dabo vobis»* (1994), *La formación espiritual de los sacerdotes según «Pastores dabo vobis»* (1995), *La formación intelectual de los sacerdotes según «Pastores dabo vobis»* (1996) y *La formación pastoral de los sacerdotes según «Pastores dabo vobis»* (1998); participó en reflexiones puntuales y más específicas como *Eucaristía y caridad pastoral* (2000), *La formación sacerdotal permanente* (2004) y *El pastor en tiempos de inclemencia* (2007).

Fruto de esta bien programada reflexión, alentada por una segunda y más serena recepción de los documentos conciliares y el impulso de *Pastores dabo vobis*, conceptos como formación permanente integral, espiritualidad del presbítero diocesano, caridad pastoral, fraternidad sacerdotal o acompañamiento espiritual han pasado a formar parte del vocabulario coloquial de cualquier presbiterio. La reflexión ha sido muy rica.

En D. Antonio, la propia reflexión sobre el sacerdocio y el impulso animoso de ella en personas expertas han estado siempre en su agenda. Su preocupación por los sacerdotes ha desbordado la mera especulación doctrinal hasta una actividad paciente de acompañamiento a través de cientos de ejercicios espirituales, retiros, charlas, convivencias, contactos personales: los sacerdotes han estado siempre en el centro de su preocupación pastoral.

Podemos descubrir dos claves que mueven la pluma de las reflexiones que hoy presentamos: la apelación a «una vuelta al modelo de vida apostólico» y la necesidad de «un nuevo impulso evangelizador». Pentecostés es el eje orientador de este discurso: agrupar a la Iglesia y sus sacerdotes en el Cenáculo para, con la fuerza del Espíritu, revitalizar con un renovado empuje la nueva evangelización.

El espíritu apostólico del Cenáculo ha sido el hábitat en el que D. Antonio ha alimentado su propia espiritualidad y ha alentado su intensa preocupación y atención a los sacerdotes. En sus escritos, siguiendo el magisterio de san Juan de Ávila, es continua la llamada a volver al «modelo apostólico de los Doce» como punto de referencia obligado de la santidad sacerdotal, como algo específico. El estilo de «vida apostólica», la *apostolica vivendi forma*, se concreta en el seguimiento radical de Cristo Buen Pastor (cf. Mt 19,27), la fraternidad o vida comunitaria (cf. Lc 10,2) y la misión (cf. Jn 20,21; Mt 28,19-20).

El camino de la santidad sacerdotal se recorre dejándose conquistar por el amor de Cristo, a ejemplo de san Pablo: «No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí [...] vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo

por mí» (Gál 2,20). Y es este mismo amor el que urge a la misión: «El amor de Cristo me apremia» (2 Cor 5,14), hasta gritar: «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 Cor 9,16).

La figura de Pablo recorre también el pensamiento y la vida ejemplar de san Juan de Ávila. Para él, el apostolado de Pablo es el que resulta más evidente e incisivo. Su modo de vivir el apostolado resume toda la «vida apostólica»: «Decir, pues, el Apóstol que no vivía para sí es decir que no buscaba sus intereses ni su gloria, sino los intereses, la gloria y la honra de Dios: que conforme a la voluntad de Dios era gobernada su vida» (*Lecciones sobre la epístola a los Gálatas* 25). En el espíritu paulino, los «discípulos-apóstoles» de todos los tiempos continúan la obra del Señor y de los primeros apóstoles. Sus enseñanzas y el magisterio del maestro Juan de Ávila están implícitas en estas reflexiones.

Este libro recoge textos de ejercicios espirituales, charlas y otras reflexiones personales de D. Antonio Ceballos. Pero, más allá de los textos escritos, sobre todo quiere explicitar una vida dedicada, a veces desde la discreción y el sufrimiento, como cualquier padre, al servicio de los sacerdotes. Su lenguaje es directo, coloquial, huye de lo académico para entrar en la dinámica del diálogo personal con Cristo, en la contemplación y el estudio del Evangelio; a la vez, alienta una introspección serena en la propia vida sacerdotal, evaluándola a la luz de una identidad de pastor. Un tono cargado de esperanza, como un arroyuelo en el estío, que a veces se oculta, armoniza el realismo de la vida del sacerdote con la crudeza de los tiempos fuertes que corren: Cristo, Buen Pastor, aparece siempre en el horizonte y se hace cercano

para poner su mano en la nuestra y afianzar el cayado que quiere reunir a las ovejas dispersas y buscar a la perdida. El silencio a que nos invitan estas páginas facilita la escucha de la voz del único Pastor, del que nos sentimos rebaño y en cuyo nombre pastoreamos.

Esta selección de textos se articula en dos partes, diferenciadas y a la vez complementarias. En la primera, más extensa, titulada: «Apuntes para unos ejercicios espirituales», se presenta un guion desarrollado para un tiempo largo de retiro, de hondo sabor ignaciano y a la vez de profunda sabiduría sacerdotal. Esta parte se ha articulado en tres momentos, como una sinfonía de miradas: «Mirarme desde Cristo», «Mirar a Cristo», «Mirar a los hermanos desde Cristo». La reflexión nos va acompañando, con libertad, por las distintas semanas de los Ejercicios ignacianos, invitándonos a la contemplación y al discernimiento, hasta alcanzar el objetivo final de los ejercicios: una verdadera conversión.

En la segunda, bajo el título: «Sugerencias para una espiritualidad de la nueva evangelización», se sistematizan múltiples sugerencias en torno a la coordinada pastoral que orienta los trabajos de la Iglesia universal, y de cada diócesis, bajo el impulso del magisterio de los últimos pontífices y, más recientemente, bajo el aliento pastoral diseñado por el papa Francisco en su Exhortación programática *Evangelii gaudium*: la urgencia de una nueva evangelización impulsada por un renovado ardor paulino que nos hace gritar, uniendo nuestras voces a la del Apóstol: «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 Cor 9,16). Estas páginas reflexionan sobre las actitudes sacerdotales necesarias para impul-

sar un ministerio más vivo que aliente una renovación de la pastoral que, bajo el impulso del Espíritu Santo, responda a las demandas de la sociedad que camina en el tercer milenio.

En los albores del siglo XXI, la Iglesia universal y nuestra Iglesia española vuelven a vivir «tiempos fuertes». Desde una serena perspectiva posconciliar, la figura del sacerdote aparece ya bien definida doctrinalmente después de la reflexión sinodal de *Pastores dabo vobis* y su recepción en la reflexión de nuestra Iglesia española. Sin embargo, el sacerdote, hoy, puede padecer la tentación de vivir apretado por un cierto «desconcierto de ideas» en las tareas pastorales y un peculiar «estado de ánimo» de decaimiento misionero. Estas páginas plantean una reflexión serena sobre el ministerio y se nutren de una confiada esperanza evangélica.

En la lectura de este florilegio podemos imaginar que suspendemos la vista para agudizar el oído y escuchar a un padre que exhorta a un hijo, a un hermano mayor en el sacerdocio que aconseja a un presbítero novel que se estrena en su ministerio. La relación de Pablo y Timoteo es una hermosa imagen de referencia. Conviene que la Iglesia, y cada uno de sus miembros, en especial los llamados al ministerio sacerdotal, escuchemos de nuevo, como un «segundo aliento», las palabras de Pablo a su discípulo y «querido hijo en la fe»: «Reaviva el carisma de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos» (2 Tim 1,6).

ALFONSO CRESPO HIDALGO

PRIMERA PARTE

APUNTES PARA UNOS EJERCICIOS
ESPIRITUALES

PREÁMBULO

EL TIEMPO FAVORABLE DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

Es bueno, antes de entrar en este tiempo favorable de los Ejercicios espirituales, recordar qué son y lo que san Ignacio pretende con esta experiencia espiritual de tanto sabor y que tantos frutos ha producido a lo largo de su historia.

Hay varias formas de hacer esta experiencia espiritual de dedicar unos días a la oración, a la reflexión, al discernimiento, y todas las creo sinceramente muy provechosas.

Una experiencia de encuentro

Los Ejercicios son un método, una metodología que lleva al hombre de fe a un encuentro personal con Dios. Un encuentro personal, esto es lo característico. Dejar a la persona que se ponga en relación, íntima y directa, con el Creador y Señor. Con un único intermediario: la Palabra de Dios.

Una experiencia de encuentro que, como toda experiencia de Dios, nos lleva a situarnos más radicalmente en el seguimiento de Jesús. Aquel que haga Ejercicios, esté donde

esté y tenga la vocación que tenga, recibe una nueva llamada para seguir más radicalmente a Jesús. Y eso supone una experiencia de liberación interior.

Este método o metodología tiene una finalidad, descrita por san Ignacio: quitar los afectos desordenados para buscar y encontrar a Dios. Hay en esta metodología tres elementos fundamentales:

Primero: es un «trabajo». Hacer Ejercicios no es un método pasivo; no es escuchar, no es dar unas charlas más o menos interesantes, más o menos profundas, más o menos teológicas... No. Es un trabajo personal de oración. Ya lo resalta san Ignacio claramente al inicio de sus Anotaciones: «Porque así como el pasear, caminar y correr son ejercicios corporales; por la misma manera, todo modo de preparar y disponer el ánimo, para quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y después de quitadas para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida, para la salud del ánimo, se llaman ejercicios espirituales» (*Ejercicios espirituales*, Anotación 1ª).

Este trabajo consiste no en aprender cosas nuevas; no se sitúan los Ejercicios en la línea de lo intelectual, no. Van más bien a la experiencia del afecto; van al corazón, porque ahí es donde se da en definitiva la conversión.

Segundo: requiere un «ambiente». Toda metodología necesita un ambiente. El de los Ejercicios es un ambiente de profundo silencio, pero al mismo tiempo de plena soledad. Lo dirá con claridad: «Tanto más se aprovechará cuanto más se apartare de todos amigos, conocidos, y de toda solitud terrena, así como mudándose de casa». Y da la razón:

«Porque así se dispone más para recibir los dones y las gracias» (*Ejercicios espirituales*, Anotación 20ª).

Esta soledad no es fácil. Pero es necesario poner de nuestra parte este esfuerzo, a fin de que en estos días la gran preocupación de cada uno de los ejercitantes sea solo encontrar a Dios. Se trata de un «silencio interior». Es necesario hacer un esfuerzo al comienzo. El silencio exterior es una ayuda: es crear una atmósfera que va de fuera adentro. Pero llega un momento en que la exigencia de silencio es de dentro afuera. Caemos en la cuenta en estos días de Ejercicios de la necesidad que tenemos del silencio en nuestra vida diaria. Tal vez, incluso descubrimos el miedo que tenemos al silencio, a la soledad, para enfrentarnos con Dios Padre, con Dios amor. Entonces es necesario un ambiente en el que desarrollar este trabajo.

Tercero: hacer Ejercicios necesita de un «acompañamiento». Una ayuda que proporciona fundamentalmente el que los imparte. San Ignacio nunca habla del director. El que da los ejercicios, dice él, debe dar modo y orden para orar. De alguna manera, diríamos, enseña a orar. Dice: «Ahora meditamos, ahora contemplamos este misterio o aquel otro, narrando fielmente la historia...», con breve y sumaria declaración. Por tanto, lo más ajeno que hay en los Ejercicios de san Ignacio son las grandes disertaciones, las grandes charlas exegéticas, el adoctrinamiento. Eso es completamente contrario a lo que san Ignacio pretende; una y otra vez dirá que quien da los Ejercicios debe ayudar «no estorbando, no se decante ni se incline a una parte o a otra» (*Ejercicios espirituales*, Anotación 15ª).

Una ayuda importante de este acompañamiento es el discernimiento que en algún momento de los Ejercicios hay que hacer. Ignacio supone que hay movimiento del espíritu: que cuando uno se pone en soledad delante de Dios, delante de su Palabra, se crea un movimiento interior y tal vez haya necesidad de una ayuda de discernimiento de su voluntad. El discernimiento reclama abrirse al Espíritu para buscar y hacer la voluntad de Dios.

No se trata de saber mucho, sino de «gustar y sentir», lo mismo que Jesús siente.

Unos consejos prácticos

«Preparen la oración personalmente con mucho cuidado, con mimo». No podemos entrar en la oración sin más. Por eso conviene releer las notas que se hayan podido tomar. Sobre todo, preparar muy bien los textos bíblicos. Si me permiten, olvidándose un poco también de la exégesis que sabemos y abiertos al Espíritu. Leer despacio alguno de estos textos que les propongo y elegir uno o dos. Y después ponerse en la presencia de Dios, incluso con el gesto, tal vez incluso de pie, para significar bien que ahora entramos en oración. Es necesario en la oración que notemos bien que vamos de una cosa a otra, ya sea meditación, ya sea contemplación, según el Espíritu nos vaya orientando.

«Sintámonos arrojados por la oración de muchos». Cuando comienzo los Ejercicios, estoy seguro de que desde ese momento hay muchas personas, muchos cristianos, que están

pidiendo por los que hacen Ejercicios en esos días. Es el pueblo de Dios el que ora para que los ejercitantes se abran al Espíritu, escuchen la voz del Señor y descubran su voluntad. Nuestra Iglesia necesita, nosotros necesitamos siempre orar; orar sin desfallecimiento, confiando en que vamos a ser escuchados.

«Aprovechar este momento único de gracia». Pablo decía a los corintios: «Ahora es el tiempo favorable; ahora es el tiempo de la salvación» (2 Cor 6,2). Los Ejercicios son tiempo de gracia. Por ello conviene hacer estos Ejercicios como si fueran los primeros de mi vida; como si fueran los últimos de mi vida; como si fueran los únicos de mi vida. Ello requiere gran generosidad por nuestra parte, que abre las puertas a la desmedida generosidad de Dios. Dice san Ignacio: «Al que reciba los ejercicios, mucho aprovecha entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor» (*Ejercicios espirituales*, Anotación 5ª).

«Pedir al Espíritu Santo con fe, con honda esperanza, que el deseo del Señor se cumpla en nosotros». Como reclama el Apóstol: «Del mismo modo, el Espíritu anda en ayuda de nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos pedir como conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables» (Rom 8,26).

Un tiempo especial de gracia

Los Ejercicios espirituales son un tiempo especial de gracia, de auténtico y personal encuentro con Dios y de revisión de la propia vida personal y ministerial.

Nos pueden ayudar a descubrir el momento personal en que nos encontramos las siguientes preguntas de distintas escenas bíblicas:

– «¿Dónde estás?». Esta es una pregunta eminentemente existencial. «El Señor llamó a Adán y le dijo: “¿Dónde estás?” Este contestó: “Oí tu ruido en el jardín, me dio miedo, porque estaba desnudo, y me escondí”» (Gn 3,9-10).

– «¿Qué haces aquí?». La pregunta que dirige Dios al profeta Elías tiene un contexto. Comienza con un grito desgarrador: «¡Basta ya, Señor! ¡Toma mi vida, porque no soy mejor que mis padres!». Así se expresaba Elías cuando Jezabel le envió un mensaje amenazador, como represalia por haber ajusticiado a los profetas de Baal: «“Que los dioses me castiguen si mañana a estas horas no he hecho con tu vida como has hecho tú con la vida de uno de estos”. Entonces Elías tuvo miedo y se fue para poner a salvo su vida [...] Anduvo por el desierto [...] hasta que, sentándose bajo una rama, imploró la muerte, diciendo: “¡Ya es demasiado, Señor! ¡Toma mi vida, pues no soy mejor que mis padres!” [...] Se recostó y se quedó dormido [...] El ángel del Señor le tocó y le dijo: “Levántate y come, pues el camino que te queda es muy largo” [...] Anduvo cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el monte de Dios. Allí se introdujo en la cueva y pasó la noche. Le llegó la palabra del Señor, preguntando: “¿Qué haces aquí, Elías?”» (1 Re 19,2-10).

– «¿Qué debo hacer, Señor?». En el relato de la conversión de Pablo, la llamada a ser apóstol, después de preguntar quién era quien le llamaba, concluye su diálogo con una pregunta de disponibilidad: «Yendo de camino [...] caí por

tierra y oí una voz que me decía: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” Yo pregunté: “¿Quién eres, Señor?” Y me dijo: “Yo soy Jesús, el Nazareno, a quien tú persigues” [...] Yo pregunté: “¿Qué debo hacer, Señor?”» (Hch 22,6-12). El relato nos mostrará a Ananías como el instrumento adecuado que el Señor pone en el camino de Pablo para descubrir su vocación y misión (cf. Hch 22,12-21).

– «¿Por qué lloras?», pregunta el ángel a María Magdalena. Dice el texto: «Estaba María fuera, junto al sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco [...] Ellos le preguntan: “Mujer, ¿por qué lloras?” Ella les contesta: “Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto”. Dicho esto, se vuelve y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice: “Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?” Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: “Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré”. Jesús le dice: “¡María!” Ella se vuelve y le dice: “¡Rabboni!” (que significa: ¡Maestro!)» (Jn 20,11-17).

I

«MIRARME DESDE CRISTO»: PRINCIPIO Y FUNDAMENTO

El primer momento de estas reflexiones: «Mirarme desde Cristo», tiene de fondo la primera semana de los Ejercicios espirituales de san Ignacio.

La primera semana de los Ejercicios es un tiempo para reflexionar acerca de nuestras vidas, teniendo en cuenta el infinito amor de Dios por nosotros. Si nos dejamos mirar por Cristo, si nos miramos desde su mirada, descubrimos que nuestra respuesta al amor de Dios ha sido obstaculizada por patrones de pecado. Nos enfrentamos a estos pecados sabiendo que Dios nos quiere liberar de cualquier cosa que nos impida responderle con amor. Esta semana culmina con una meditación acerca de la llamada que nos hace Cristo a seguirlo.

Estas meditaciones iniciales quieren promover en cada uno de nosotros una disposición a la venida de la gracia. Arrancan desde el Principio y Fundamento: «El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios, nuestro Señor, y, mediante esto, salvar su ánima...» (*Ejercicios espirituales* 23). Ignacio de Loyola propuso el Principio y Fundamento al comienzo de los Ejercicios espirituales, un mé-

todo para encontrar a Dios y ganar en libertad interior con el fin de adiestrar los sentidos hacia su voluntad y fundar un edificio de decisiones vitales sobre cimientos realmente sólidos.

La primera meditación se adentra en el camino de la oración. El tiempo de Ejercicios es un tiempo para Dios. Se nos invita a una oración de adoración. La forma pedagógica de esta oración conjuga unos verbos: mirar, contar, escuchar y darse.

En la segunda meditación, una peculiaridad de estos Ejercicios que os propongo viene marcada por la centralidad de una llamada: se explicita una invitación a volver al modelo apostólico de vida, la *apostolica vivendi forma*. La oración apostólica nos lleva hasta el Cenáculo, en compañía de los apóstoles, congregados por María.

La tercera meditación comienza con la recitación del Salmo 139 (138), que nos adentra en el conocimiento gozoso que Dios tiene de nosotros mismos. La meditación de este salmo permite centrarnos en el Principio y Fundamento. Nos «dejamos mirar por Cristo» desde la profundidad existencial del salmo: «Señor, tú me sondeas y me conoces».

Continuamos contemplando el pasaje del ciego de Jericó. En la cuarta meditación gritamos nosotros también: «¡Señor, que vea!». El conocimiento de nosotros mismos nos lleva a la quinta meditación, que nos sitúa ante la realidad del pecado. Figuras bíblicas como Jeremías y Abrahán y diversos pasajes evangélicos nos ayudan a considerar la realidad del pecado desde una profunda acción de gracias por la redención.

La sexta meditación nos impulsa a pedir, como don de su pura gracia, «la gratuidad de la conversión». Se trata de «sentir, conocer y aborrecer nuestro pecado».

Como la primera semana de los Ejercicios, esta parte culmina con un reclamo al seguimiento de Jesús: el conocimiento de Jesús nos empuja a seguirle y nos compromete en el envío misionero a predicar la Buena Noticia.

